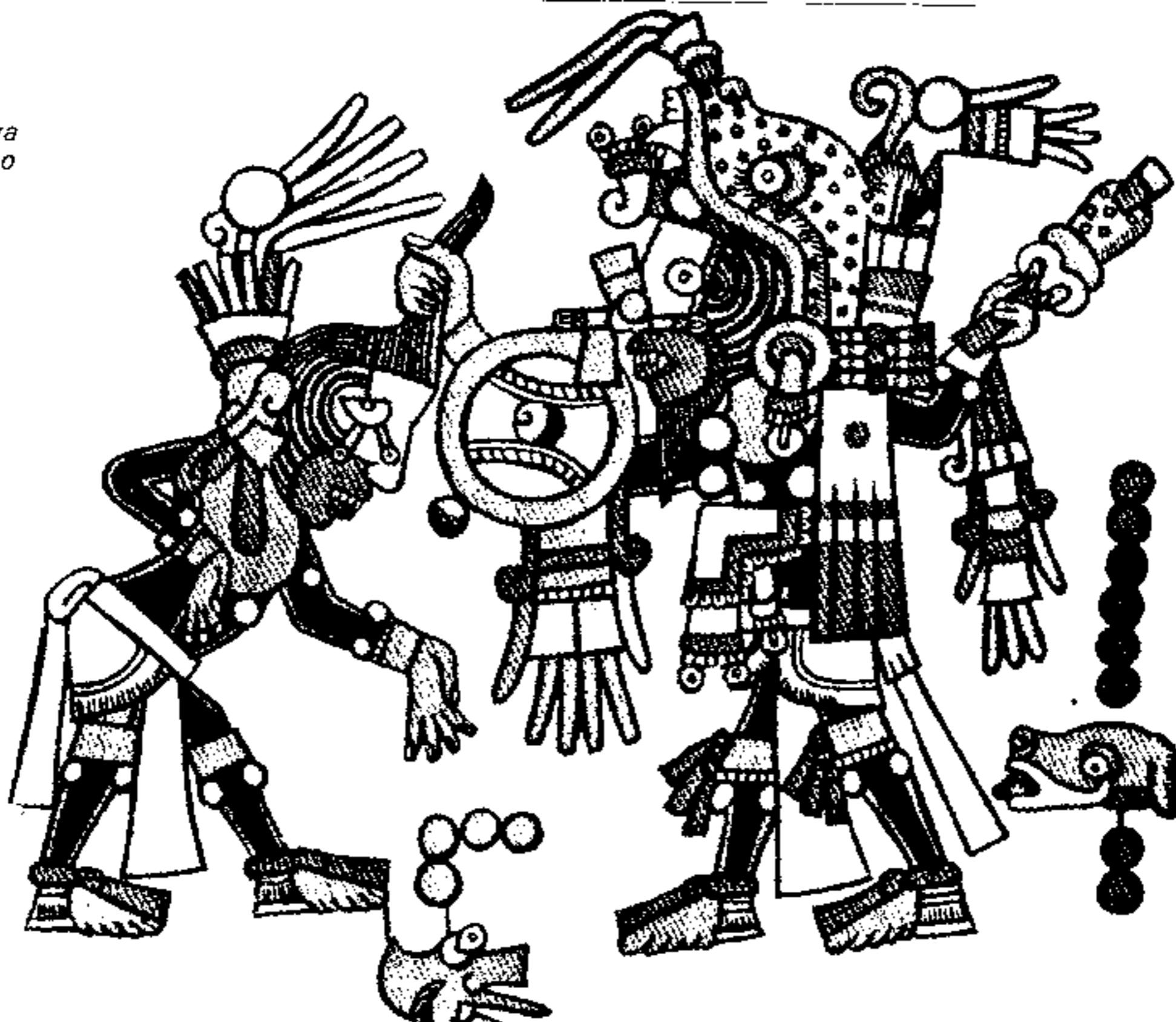


*Guerrero
azteca captura
a un enemigo
(del Códice
Nuttal)*



BASES ECOLOGICAS DEL SACRIFICIO AZTECA

Por Michael Harner

New School for Social Research. Nueva York.

SEGUN las últimas investigaciones, los desequilibrios registrados en la evolución sociocultural de la humanidad obedecen a la incidencia de la presión demográfica en los recursos naturales. El incremento de población en un ambiente favorable origina, según Carneiro, la formación de un Estado y propicia, según Boserup, la intensificación del cultivo agrícola. Esta es también la base, en mi opinión, del posterior desarrollo preindustrial, pero, en este punto, la teoría se enfrenta a la dificultad de explicar no sólo la evolución regular de las culturas, sino también aquellos casos insólitos que sólo se dan en determinados ámbitos.

Hago referencia en este artículo a un rasgo distinto de la cultura mesoamericana, los sacrificios humanos de los aztecas que, para antropólogos como Kroeber, constituyen un caso extremo del comportamiento cultural conocido. Otros evolucionistas como Steward, White, Adams, Service, Sanders y Price prescinden de aclarar este fenómeno y tampoco los no evolucionistas, como Caso, Soustelle y Vaillant, nos justifican por qué esta religión sangrienta que exigía tan copioso número de víctimas —se habla de veinte mil sacrificados al año— vino a darse en ese lugar y en esa época.

Antes de aportar mi personal interpretación al asunto, insistiré en algunos de los supuestos ecológicos sustentadores de la teoría de la presión demográfica en la evolución social. Ya dije en otra parte que el crecimiento de la población es una tendencia de la humanidad de la prehistoria y la historia y que ello trae consigo el progresivo deterioro de la flora y fauna silvestres al utilizarlas como alimento: la pérdida de mamíferos de caza mayor a fines del Paleolítico europeo es el primer testimonio relevante de esta degradación del ambiente a manos del hombre, labor que continúa en el Mesolítico al extenderse a la caza menor y a los animales marinos la operación devastadora.

Precisamente la creciente escasez de caza silvestre y de nutrición vegetal motivada por las rapiñas, suscitó en diversas zonas del planeta la necesidad de domesticar animales y cultivar vegetales para reserva alimenticia, necesidad que se hacía sentir, sobre todo en aquellos oasis de fertilidad —como el Valle de México— rodeados de tierra muy poco aprovechable. En estos ambientes, propicios al cultivo agrícola, no podía ser fomentada, en cambio, la cría de herbívoros a no ser que existiesen especies apropiadas.

Propagándose esta costumbre a medida

que pasaba
blación, si
la domest
no pudo ha
terminados
en la regi
americano s
camélidos e
junto al co
dos en épo
tro de Amé
sido exting
marse en se
garantía ce
ticar aves s
del perro —
huahua— s
éste gastab
res al comp
la proteína
Conforme
gráfica en
casear la a
vestre y, se
los aztecas
completamente
obtuviesen
de la chia
sin poder s
mentación
Esta carenc
civilización
en este ga
cala_dise

Número y sacrificios

El contraste
des en la
cos fue ig
los aztecas
humanos.
gran Estado
de la com
varios cien
que entre
cota de ve
timonio de
carta escrit
quista, afi
víctimas en
Para Torqu
Para Herre
mero de sa
del año y

Ha qued
realizado
gran pirám
también a
número ex
el Codex



Divinidad azteca con su jeroglífico (códice Magliabechi)



Ensangrentamiento del ídolo de Mictlantecuhtli después del sacrificio

Número y motivación de los sacrificios

El contraste entre Mesoamérica y los Andes en la existencia de herbívoros domésticos fue igual al contraste entre los incas y los aztecas en el asunto de los sacrificios humanos. En el Imperio incaico —el otro gran Estado del Nuevo Mundo en la época de la conquista— se sacrificó solamente varios cientos de víctimas al año, mientras que entre los aztecas se suele establecer la tasa de veinte mil anuales siguiendo el testimonio del obispo Zumárraga que, en una carta escrita pocos años después de la conquista, afirma que se mataban veinte mil víctimas anualmente en la capital (Prescott). Para Torquemada, estos veinte mil son niños. Para Herrera, siguiendo a Acosta, este número de sacrificados se dio en un solo día del año y en todo el reinado.

Ha quedado como memorable el sacrificio realizado con motivo de la dedicación de la gran pirámide de Tenochtitlán en 1487. Pero también aquí no hay acuerdo respecto al número exacto de víctimas: veinte mil para el Codex Telleriano-Remensis, 72.344 para

Torquemada y 80.400 para Tezozomoc, Ixtlilxochitl y Durán.

Sherburne Cook, en su ensayo de 1946, realiza el primer estudio serio sobre el número de sacrificados por los aztecas. Cook fija un promedio anual de quince mil víctimas en una población de México Central estimada en torno a los dos millones de personas. Sin embargo, su cálculo ha demostrado ser excesivamente conservador, ya que en una revisión posterior, realizado en colaboración con Woodrow Borah, Cook eleva esta cifra de población a veinticinco millones. Woodrow Borah, en la actualidad, posiblemente la principal autoridad en materia de demografía de México Central en la época de la conquista, me ha dado permiso para publicar sus nuevas estimaciones —aún inéditas— sobre las personas sacrificadas en México Central en el siglo XV: doscientas cincuenta mil anuales, lo que equivale al 1 por 100 del total de la población. El cálculo

que pasaba el tiempo y aumentaba la población, si bien en el Viejo Mundo prosiguió a domesticación de mamíferos, en América no pudo hacerse lo mismo al haber sido exterminados por los antiguos cazadores. Sólo en la región andina y en el cono sur sudamericano sobrevivieron algunas especies de camélidos como la llama y la alpaca que, junto al conejo de indias, serían domesticados en épocas posteriores. Pero en el centro de América donde estas especies habían sido extinguidas miles de años antes de tomarse en serio el cuidado de animales como garantía del sustento, se recurrió a domesticar aves silvestres como el pavo y a la cría del perro —perro mexicano sin pelo o Chihuahua—, si bien la naturaleza carnívora de éste gastaba malas pasadas a sus cuidadores al competir con ellos en la búsqueda de la proteína nutricia.

Conforme se intensificó la presión demográfica en el Valle de México empezó a escasear la alimentación a base de caza silvestre y, según relata Vaillant, ya antes de los aztecas habían desaparecido casi por completo los gamos. De ahí que los aztecas obtuviesen su ración de hidratos de carbono de la *chinampa* y otros cultivos agrícolas, sin poder servirse de animales para su alimentación a falta de un herbívoro adecuado. Esta carencia les distinguía de las restantes civilizaciones y así me explico la existencia en este grupo de un canibalismo a gran escala disfrazado de sacrificio religioso.

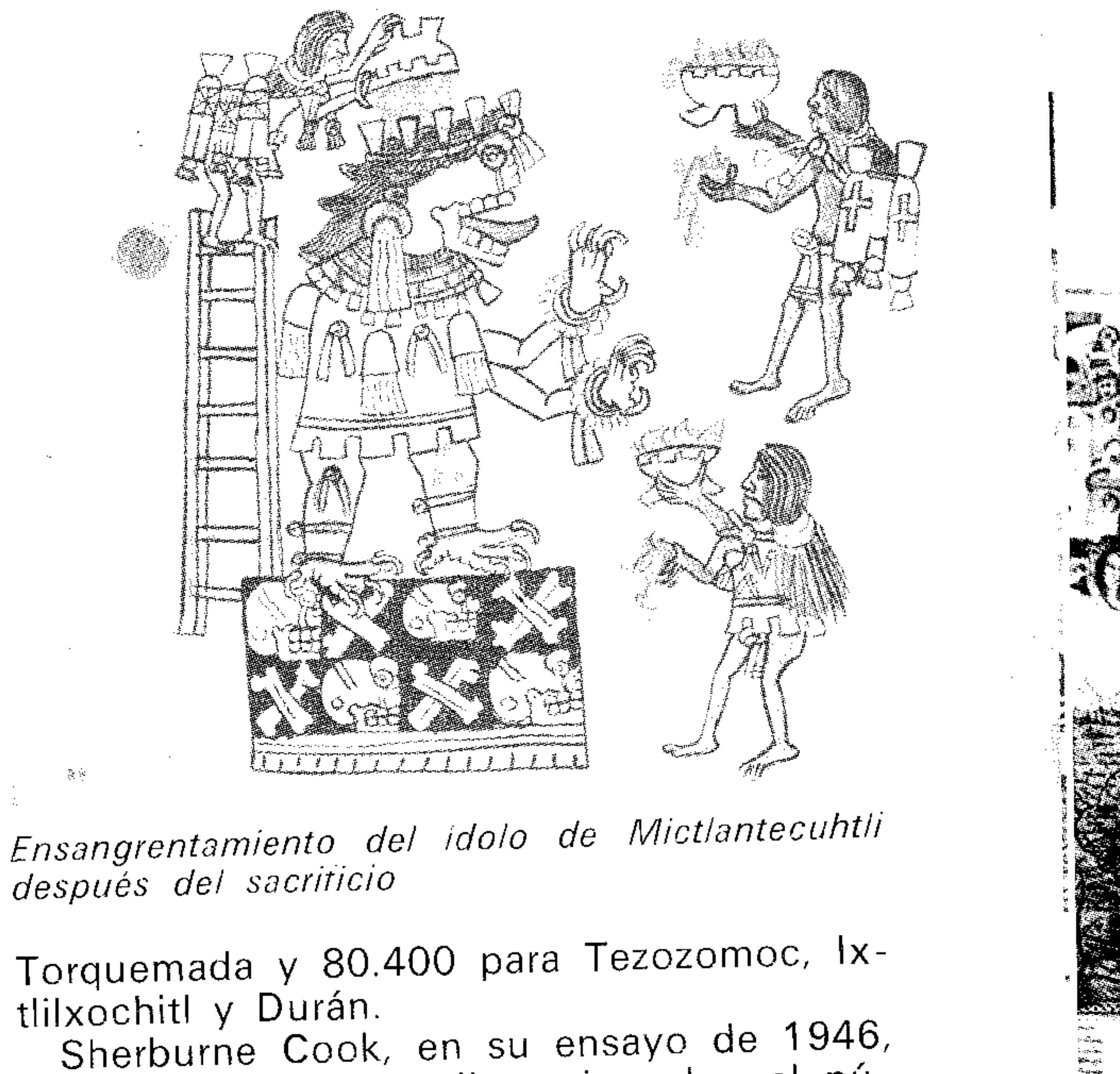
Número y motivación de los sacrificios

El contraste entre Mesoamérica y los Andes en la existencia de herbívoros domésticos fue igual al contraste entre los incas y los aztecas en el asunto de los sacrificios humanos. En el Imperio incaico —el otro gran Estado del Nuevo Mundo en la época de la conquista— se sacrificó solamente varios cientos de víctimas al año, mientras que entre los aztecas se suele establecer la tasa de veinte mil anuales siguiendo el testimonio del obispo Zumárraga que, en una carta escrita pocos años después de la conquista, afirma que se mataban veinte mil víctimas anualmente en la capital (Prescott). Para Torquemada, estos veinte mil son niños. Para Herrera, siguiendo a Acosta, este número de sacrificados se dio en un solo día del año y en todo el reinado.

Ha quedado como memorable el sacrificio realizado con motivo de la dedicación de la gran pirámide de Tenochtitlán en 1487. Pero también aquí no hay acuerdo respecto al número exacto de víctimas: veinte mil para el Codex Telleriano-Remensis, 72.344 para



Divinidad azteca con su jeroglífico (códice Magliabecchi)



Ensangrentamiento del ídolo de Mictlantecuhtli después del sacrificio

Torquemada y 80.400 para Tezozomoc, Ixtlilxochitl y Durán.

Sherburne Cook, en su ensayo de 1946, realiza el primer estudio serio sobre el número de sacrificados por los aztecas. Cook fija un promedio anual de quince mil víctimas en una población de México Central estimada en torno a los dos millones de personas. Sin embargo, su cálculo ha demostrado ser excesivamente conservador, ya que en una revisión posterior, realizado en colaboración con Woodrow Borah, Cook eleva esta cifra de población a veinticinco millones. Woodrow Borah, en la actualidad, posiblemente la principal autoridad en materia de demografía de México Central en la época de la conquista, me ha dado permiso para publicar sus nuevas estimaciones —aún inéditas— sobre las personas sacrificadas en México Central en el siglo XV: doscientas cincuenta mil anuales, lo que equivale al 1 por 100 del total de la población. El cálculo

de Borah coincide con los millares de templos diseminados por el país y con el sacrificio de una media de mil a tres mil personas por año en cada uno de los templos más grandes.

Dejando a un lado las cifras, queda por ver el destino de los cadáveres tras el sacrificio. Las referencias al canibalismo azteca generalmente han sido omitidas y consciente o inconscientemente ocultadas, por lo que para cerciorarse de su evidencia hay que acudir a los testimonios de Bernal Díaz del Castillo, Hernán Cortés o Fray Bernardino de Sahagún. Y aunque algunas víctimas —como los niños inmolados a Tlaloc de que nos habla Durán o las personas con enfermedades de la piel que cita Sahagún— no fueran comidas, parece indudable que lo hayan sido la mayoría de los sacrificados.

Objetivo central —y a veces el único objetivo— de las expediciones guerreras aztecas era capturar prisioneros para los sacrificios. Algunos quedaban sacrificados y comidos en el mismo campo de batalla, pero los más eran remitidos a las comunidades provinciales o a la capital donde se les confinaba en jaulas de madera hasta su inmolación en el templo-pirámide a manos de los sacerdotes. El día señalado se les extraía el corazón para ofrecérselo al sol y a los ídolos. Bajaba luego el cadáver por la escalinata de la pirámide y en el trayecto se le cortaban los brazos, las piernas y la cabeza. Esta iba a parar al depósito local de cráneos, en tanto que tres extremidades, al menos, quedaban en propiedad del que había capturado a la víctima quien se las brindaba a sus amigos en un banquete acompañándolas de tomates y pimientos. El torso se destinaba al Parque Zoológico Real —esto pasó en Tenochtitlán— para pienso de mamíferos y aves carnívoras y serpientes, todos animales sagrados. Donde no había Parques Zoológicos se ignora cuál fue el destino de los torsos.

Como la práctica del canibalismo entre los aztecas y sus vecinos concluyó con la conquista española, los más fieles testimonios de esta costumbre proceden de las cartas de Hernán Cortés a Carlos V y de las crónicas de Bernal Díaz del Castillo, de Andrés de Tapia y de Fray Francisco de Aguilar. Las narraciones comienzan con el desembarco en la costa oriental de México en 1519 y siguen hasta la caída de Tenochtitlán (Ciudad de México) en 1521.

En ciudades de México

Al desembarcar en la costa de Tabasco, los hombres de Cortés comenzaron a librarse batalla a los indios y coger prisioneros. Estos, según Tapia, informaron a los conquistadores de *cómo estaban reuniéndose para darnos*

batalla y con todo su poder matarnos y luego comernos, por lo que Cortés les utilizó como mensajeros para exigir la rendición de sus rivales. *Algunos guerreros —insiste Tapia— yendo por los canales y estuarios decían a nuestros hombres que en tres días todos los guerreros del país estarían reunidos y nos comerían.*

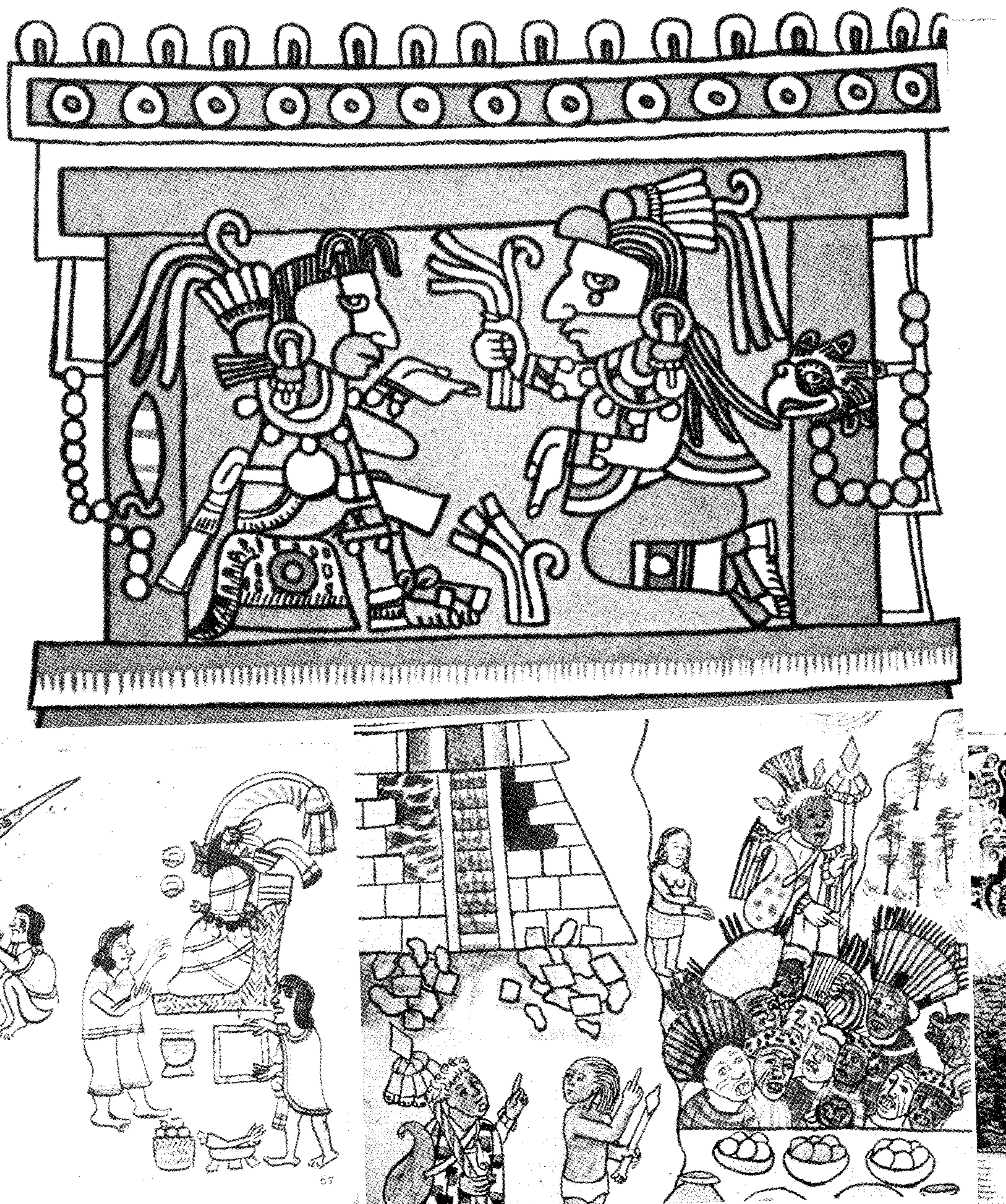
Tras nuevas luchas, las fuerzas de Cortés reembarcaron y fueron por la costa hasta recalcar en la actual Veracruz donde fundaron una ciudad. Cortés envió a uno de sus capitanes, Pedro de Alvarado, con un grupo de gente armada a reconocer el terreno y conseguir vítales. Bernal Díaz del Castillo relata la entrada de estos hombres en aldeas bajo dominio azteca:

Y llegado el Pedro de Alvarado a los pueblos todos estaban despoblados de aquél mismo día y halló sacrificados en unos cues [templo-pirámides] hombres y muchachos y las paredes ; altares de sus ídolos con sangre y los corazones presentados a los ídolos; y también hallaron las piedras sobre que los sacrificaban y los cuchillazos de pedernal con que los abrían por los pechos para les sacar los corazones. Dijo el Pedro de Alvarado que habían hallado en todos los más de aquellos cuerpos muertos sin brazos ; piernas e que dijeron otros indios que los habían llevado para comer, de lo cual nuestros soldados se admiraron mucho de tan grandes crueidades Y dejemos de hablar de tanto sacrificio pues desde allí adelante en cada pueblo no hallábamos otra cosa.

Una expedición más importante capitaneó Cortés a Cempoala y el mismo Bernal Díaz comenta que *cada día sacrificaban delante de nosotros tres o cuatro o cinco indios y los corazones ofrecían a sus ídolos y la sangre pegaban por las paredes y cortábanles los pies y los brazos y las piernas y lo comían*. Ya tierra adentro, llegaron a Tlaxcala donde hallaron pruebas evidentes de sacrificios humanos:

Diré como hallamos en este pueblo de Tlaxcala casas de madera hechas de redes y llenas de indios e indias que tenían dentro encarcelados y a cebo hasta que estuviesen gordos para sacrificar y comer; las cuales cárceles les quebramos y deshicimos para que se fuesen los presos que en ellas estaban y los tristes indios no osaban ir a cabo ninguno, sino estarse allí con nosotros y así escaparon las vidas y dende en adelante en todos los pueblos que entrábamos lo primero que mandaba nuestro capitán era quebralles las tales cárceles y echar fuera los prisioneros y comúnmente en todas estas tierras los tenían. Y como Cortés y todos nosotros vimos aquella gran crujida, mostró tener mucho enojo de los caciques de Tlaxcala y se le rió bien enojado y prometieron que desde allí adelante que no matarían ni comerían de aquella manera más indios. Digo yo qué aprovechaba todos aquellos procedimientos, que en volviendo la cabeza hacían las mismas crujidas.

Calli,
casa azteca
(códice Nuttal)



Sepelio (códice Magliabecchi)

Tras esto, Cortés y sus hombres marcharon a Cholula, ciudad rival de los tlaxcaltecas y bajo dominio azteca, a cuyos habitantes acusó Cortés de traición, negando haber inferido daños en las poblaciones que habían atravesado, pues sólo *les decímos que no sean malos, ni sacrifiquen hombres, ni adoren sus ídolos, ni coman las carnes de sus prójimos, que no sean sométicos*. Además, Cortés se queja, en pago de que venimos a tenerlos por hermanos y decíles lo que Dios Nuestro Señor y el Rey manda nos querían matar e comer nuestras carnes, que ya tenían aparejadas las ollas con sal e aji e tomates. El discurso de Cortés acabó cuando él y sus hombres, de repente, atacaron a su

Reunión de sacerdotes tras un sacrificio humano

público y mataron a un número importante de sus oyentes. Antes de concluir su relato de las experiencias vividas en esta ciudad, dice Bernal Díaz:

No puedo dejar de traer aquí a la memoria las redes de maderos gruesos que en ella hallamos que estaban llenas de indios y muchachos a cebo, para sacrificar y comer sus carnes, las cuales redes quebramos y los indios que en ellas estaban presos les mandó Cortés que se fuesen a donde eran naturales y con amenazas mandó a los caciques y capitanes y papas [sacerdotes] de aquella ciudad que no tuviesen más indios de aquella manera ni comiesen carne humana y así lo prometieron; mas qué aprovechaba aquellos prometimientos, que no lo cumplían. ►

Así llegaron los españoles a la capital azteca, Tenochtitlán, donde Moctezuma les ofreció banquetes con caza traída de todo el imperio a modo de tributo:

Guisaban más de trescientos platos, sin más de mill para la gente de guarda (...) Oí decir que le solían guisar (a Moctezuma) carnes de muchachos de poca edad y como tenía tantas diversidades de guisados y de tantas cosas, porque cotidianamente le guisaban aves, gallos de papada, faisanes, perdices de la tierra, codornices, patos mansos e bravos, venado, pajaritos de caña e palomas y liebres y conejos y muchas maneras de aves e cosas que se crían en estas tierras, que son tantas que no las acabaré de nombrar tan presto. E ansi no miramos en ellos; mas sé que ciertamente desque nuestro capitán le reprehendía el sacrificio y comer de carne humana, que desde entonces (Moctezuma) mandó que no le guisasen tal manjar.

La descripción del Parque Zoológico Real de Tenochtitlán le sirve a Díaz para aludir a los sacrificios humanos:

Vamos a otra gran casa donde tenían muchos ídolos y decían que eran sus dioses bravos y con ellos, género de alimañas, de tigres y leones de dos maneras, unos que son de hechura de lobos, que en esta tierra se llaman adives y zorros, y otras alimañas chicas, y todas estas carníceras se mantenían con carne y las más de ellas criaban en aquella casa y las daban de comer venados, perrillos y otras cosas que cazaban; y aún oí decir que cuerpos de indios de los que sacrificaban. Y es desta manera: que ya me habrán oido decir que cuando sacrificaban algún triste indio, que le aserraban con unos navajones de pedernal por los pechos y bulliendo le sacaban el corazón y sangre y lo presentaban a sus ídolos en cuyo nombre hacían aquel sacrificio, y luego les cortaban los muslos y brazos y cabeza y aquello comían en fiestas y banquetes y la cabeza colgaban de unas vigas y el cuerpo del sacrificado no llegaban a él para le comer, sino dábano a aquellos bravos animales.

Describe en otro pasaje el templo-pirámide de Huitzilopochtli:

Un poco apartado del gran cue estaba otra torrecilla que también era casa de ídolos o puro infierno, por que tenía a la boca de la puerta una muy espantable boca de las que pintan que dicen que están en los infiernos con la boca abierta y grandes colmillos para tragar las ánimas; e ansimismo estaban unos bultos de diablos y cuerpos de sierpes junto a la puerta, y tenían un poco apartado un sacrificadero, y todo ello muy ensangrentado y negro de humo e costras de sangre y tenían muchas ollas grandes y cántaros y tinajas dentro en la casa llenas de agua, que era allí donde cocinaban la carne de los tristes indios que sacrificaban y que comían los papas, porque también tenían cabe el sacrificadero muchos navajones y unos tajos de madera como en los que cortan carne en las carnecerías.

Cerca estaba la famosa colección de cráneos. Dos soldados de Cortés reciben la orden de contarlos. Uno de ellos, Andrés de Tapia, nos dice que enumeró ciento treinta

y seis millares sin contar los que había en las torres.

Lucha despiadada

La situación en Tenochtitlán se enrarece para los españoles. La ciudad queda invadida por masas de gente, según Aguilar, que esperaban con impaciencia la carne de los desdichados españoles. En la famosa retirada de la Noche Triste, los aztecas cobran muchos prisioneros, llevados por los indios para cortarlos en pedazos. Cuando las fuerzas de Cortés, después de muchos meses, se reagrupan y reemprenden la conquista de Tenochtitlán, los guerreros aztecas les gritan que iban a comernos a nosotros y a los tascaltecas, quienes a su vez, amenazan de la misma forma a los aztecas, todos mostrándoles sus compatriotas cortados en pedazos y diciéndoles que se los iban a comer esa misma noche para la cena y también para el desayuno de la mañana siguiente, como de hecho hicieron.

Durante estas operaciones, Cortés envió expediciones de castigo al campo, encontrando en una de ellas el alguacil mayor aldeas incendiadas desiertas y muchas cargas de maíz y niños asados que habían sido traídos como provisiones y que dejaron a sus espaldas cuando descubrieron que se acercaban los españoles. Cuando poco después, los hombres de Cortés y sus aliados indios abordan la metódica demolición de Tenochtitlán, echando abajo sus casas y rellenando los canales, atrapan en una emboscada a un contingente de aztecas: aquella noche —relatará Cortés— nuestros aliados cenaron bien porque cortaron a todos los que habían matado y capturado para comerlos. La veleidosa fortuna hace que días más tarde, sesenta y dos españoles sean capturados en un contraataque azteca y Bernal Díaz del Castillo nos dice entonces:

Pues ya quedábamos retraídos cerca de nuestros aposentos, pasada ya una grande obra donde había mucha agua y no nos podían alcanzar las flechas y vara y piedra (...) Tornó a sonar el atambo muy doloroso del Huichilobos [Huitzilopochtli] y otros muchos caracoles y cornetas, y otras como trompetas, y todo el sonido de ellos espantable, y mirábamos al alto cue en donde las tañían y vimos que llevaban por fuerza las gradas arriba a nuestros compañeros que habían tomado en la derrota que dieron a Cortés, que los llevaban a sacrificar; y desque ya los tuvieron arriba en una placeta que se hacia en el adoratorio donde estaban sus malditos ídolos, vimos que a muchos de los les ponían plumajes en las cabezas y con unos como aventadores les hacían bailar delante del Huichilobos, y desque habían bailado, luego les ponían despaldas encima de unas piedras, algo delgadas, que tenían hechas para sacrificar, y con unos navajones de pedernal los aserraban por los pechos y les sacaban los corazones buyendo y se

los ofrecían a sus ídolos que allí presentes tenían y los cuerpos dabanles con los pies por las gradas abajo; y estaban aguardando abajo otros indios carníceros, que les cortaban brazos y pies y las caras desollaban y los adobaban después como cuero de guantes y con sus barbas las guardaban para hacer fiestas con ellas cuando hacían borracheras y se comían las carnes con chilmole y de esta manera sacrificaron a todos los demás y les comieron las piernas y brazos, y los corazones y sangre ofrecían a sus ídolos, como dicho tengo, y los cuerpos, que eran las barrigas y pies, echaban a los tigres e leones que tenían en la casa de las alimañas.

Los aztecas añaden a la afrenta el hecho de arrojar a los aliados Tlaxcaltecas de los españoles *piernas de indios asadas y otros brazos de nuestros soldados y les decían: «comed de las carnes de esos teules y de vuestros hermanos, que ya bien harto estamos de ellos y eso que nos sobra podéis hartaros de ello».*

Otros testimonios

Tras conquistar Tenochtitlán, acabó la guerra en el Valle de México y, con el dominio español, terminó también el canibalismo.

Entre los conquistadores que permanecieron en México estaba Aguilar que, ya viejo, se hizo dominico y escribió memorias donde menciona las prácticas sacrificiales; tendida la víctima sobre *una gran piedra alta como hasta la rodilla*, se le extraía el corazón con *un cuchillo de piedra semejante a una cabeza de lanza*. Al cadáver se le arrojaba por la escalinata, a cuyo pie era despedazado, *luego asado en hornos de arcilla y comido como plato tierno y exquisito, y de esta manera es como hacían el sacrificio a sus dioses.*

Tal vez fuente más digna de crédito sean las obras de Fray Bernardino de Sahagún. En ella refleja el punto de vista de los aristócratas aztecas sobre los sacrificios lo que si bien constituye una novedad importante, resulta asimismo una limitación, pues aparecen como notables ciertos aspectos de esta cultura que quizás, a ojos de quienes la seguían, posiblemente representaban algo normal y consabido. Por ejemplo, al describir las ceremonias y sacrificios del mes Tlacaxipeualiztli:

Llevábanlos a donde habían de morir que era el templo de Hlitzilopochtli: allí los mataban los ministros del templo... y a todos los desollaban y por esto llamaban la fiesta tlacaxipehuliztli, que quiere decir, desollamiento de hombres; y a ellos los llamaban xipeme y por otro nombre tototecti: lo primero quiere decir desollados, lo segundo quiere decir los muertos a honra del dios Tótec.

Los dueños de los cautivos los entregaban a los sacerdotes abajo, al pie del cu y ellos los llevaban por los cabellos... hasta donde estaba el tajón de piedra donde le habían de matar, y en sacando a cada uno de ellos el corazón y ofreciéndole (al sol),

luego le echaban por las gradas abajo, donde estaban otros sacerdotes que los desollaban.

Todos los corazones después de haberlos sacado y ofrecido los echaban en una jícara de madera.

Después de desollados, los viejos que se llamaban quaquacuilton llevaban los cuerpos al calpulco, a donde el dueño del cautivo había hecho su voto o prometiendo; allí le dividían y enviaban a Motecuzoma (Moctezuma) un muslo para que comiese y lo demás lo repartían por los otros principales o parientes; ibanlo a comer a la casa del que cautivó al muerto.

Cocían aquella carne con maíz y daban a cada uno un pedazo de aquella carne en una escudilla o cajete, con su caldo y su maíz cocido, y llamaban aquella comida tlacatlaolli...

El señor del cautivo no comía de la carne porque hacía de cuenta que aquella era su misma carne, porque desde la hora que le cautivó le tenía por su hijo y el cautivo a su señor por padre, y por esta razón no quería comer de aquella carne; empero comía de la carne de los otros cautivos que se habían muerto.

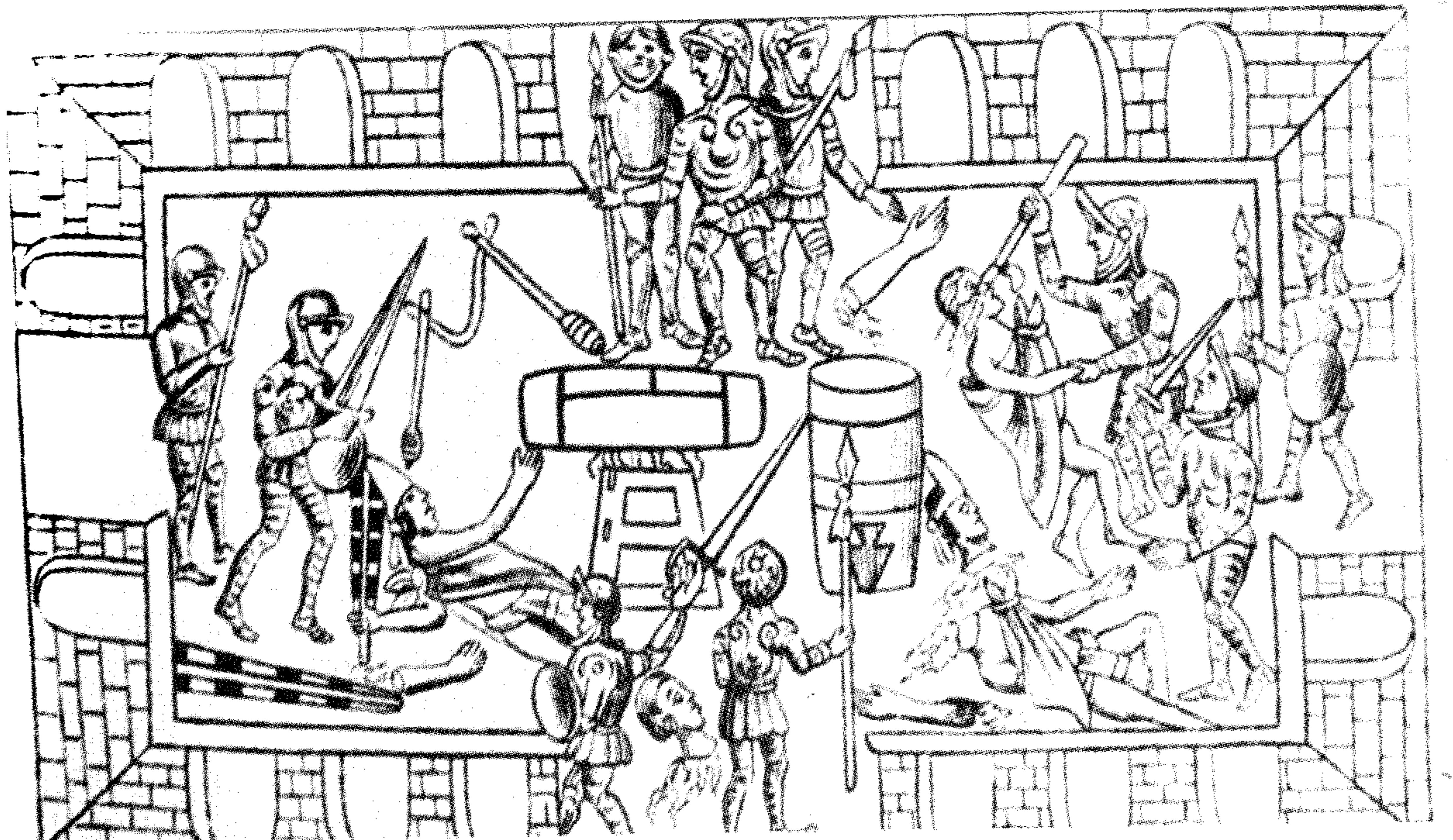
En un relato sumario de la fiesta del mes de Tepelhuitl, hace también referencia Sahagún al canibalismo indígena:

Después que los hubieron muerto y sacado los corazones, llevábanlos pasito, rodando por las gradas abajo; llegados abajo, cortábanles las cabezas y espétabanlas en un palo y los cuerpos llevábanlos a las casas que llamaban Calpul, donde los repartían para comer.

Sorprende, sin embargo, que al describir en otro lugar esta misma fiesta con mayor lujo de detalles, ni siquiera aluda Sahagún al canibalismo y esto quizás porque al ser sus informadores los aristócratas aztecas, probablemente daban estos por supuesta la antropofagia sin atribuirla además, ese matiz de excepcionalidad que para los europeos tiene. Ser comido, no lo olvidemos, era la suerte común del capturado en batalla y estaba muy precisamente regulada, según Sahagún la distribución de la carne tras el sacrificio: dividido en seis partes el cadáver, el verdadero captor se quedaba con el cuerpo y el muslo del pie derecho; correspondía el muslo izquierdo al segundo en haber tomado parte en la captura; al tercero, la parte superior de derecho; al cuarto, la parte superior del izquierdo; al quinto el antebrazo derecho y el antebrazo al sexto.

Si alguien cogía a un prisionero sin ayuda posiblemente era todo para él excepto la pierna de reglamento para Moctezuma y en el palacio de éste recibía vestidos especiales en recompensa a su hazaña. De disputarse a quien correspondía el mérito de la captura quedaba el prisionero encomendado a Uitzcalco o permanecía en el templo tribal. Y el recuento se efectuaba de la siguiente forma

Después de haber conquistado la provincia contra quien iban, lo primero que hacían era contar los cautivos que habían cautivado, cuántos habían



Los españoles atacan Tenochtitlán (códice Durán)



Cortés construye bergantines para el asalto definitivo a Tenochtitlán (códice Durán)

cautivado los de Tenochtitlán y cuántos los de Tlatilulco y así por las demás capitanías, etc. Los que contaban cautivos eran los que se llamaban tlacochcalca y tlatlacateca, que es como decir capitanes y maestros de campo y otros oficiales del ejército.

Habiendo sabido el número cierto de los cautivos, luego enviaban mensajeros al señor; los mensajeros eran capitanes. Aquellos llevaban la nueva cierta al señor, dándole noticia de los cautivos que se habían cautivado y quiénes los habían cautivado, para que a cada uno se diese el premio conforme a lo que había trabajado en la guerra.

Podemos acudir a otras fuentes que corroboran estos datos, aunque sean menos fiables por enfrentarse a los hechos después de que hubiesen ocurrido. Así Durán, que co-



Mapa de la Nueva España tras la conquista (de Theatrum orbis terrarum)

menzó su investigación bastante más tarde que Sahagún. Pero Durán aporta numerosos testimonios del canibalismo azteca y la consideración de que la carne del cautivo, volvía tras el sacrificio a su captor en recompensa por haber alimentado al dios.

Siendo pocas todavía las excavaciones practicadas en los yacimientos aztecas, los comentaristas de Durán mencionan las realizadas en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco, Ciudad de México, entre 1960 y 1965: descubrieron *varios depósitos con más de cien cráneos, que en otros tiempos habían sido guardados en una red de cráneos como la que describe Durán. En opinión del arqueólogo Eduardo Contreras (hijo),*

del Instituto Mexicano de Antropología, el cabello, los sesos, los ojos, las lenguas y demás partes carnosas, habían sido probablemente extraídas del cráneo antes de ser perforado y colocado en la vara de tzompantli para ser expuesto.

Dieta del azteca

Se plantea la cuestión de si se tuvo en cuenta el papel nutritivo de la carne humana en el régimen alimenticio azteca. Soustelle nos dice que las clases inferiores raras veces consumían carne *como la caza, la salvajina o las aves (pavos)*, que *las clases pobres comían pavo sólo en grandes días* y que *la gente pobre y los campesinos de orillas del lago sacaban de la superficie, como desnatándola, una sustancia que llamaban tecuitlatl, es decir, boñiga de piedra; era algo así como queso y, con ella, comprimiéndola, hacían pasteles*. También comían los nidos esponjosos de las larvas de moscas de agua.

Para Cook y Borah, estas sustancias flotantes son algas; informan, asimismo, que los campesinos o proletarios comían iguanas, culebras, lagartos y gusanos y añaden: *cierto número de las Relaciones Geográficas afirman taxativamente que se comía prácticamente todo lo que fuera comestible*. Pese a esta escasez de carne, los proletarios teóricamente podían obtener los ocho aminoácidos básicos comiendo maíz y alubias ya que ambos se completaban gracias a sus ingredientes amínicos esenciales (Pimentel y otros). Sin embargo, para poder aprovechar este potencial nutritivo, para recibir los aminoácidos básicos, tenían que consumir maíz y alubias en cantidades ingentes en la misma comida, lo que muchas veces no era posible: *las hambres ocurrían con frecuencia* —señala Soustelle—; *todos los años amenazaba la escasez... En 1450, los tres gobernantes de las ciudades aliadas distribuyeron las reservas de grano acumuladas durante diez o más años. Pero así y todo, siempre hacia falta recurrir a alimentos complementarios, animales o vegetales, en momentos de emergencia*.

Otro problema alimenticio que se presentó a los aztecas era la falta de grasas. Estas proporcionan energía más duradera que los hidrocarbonos y a propósito de esto, resulta interesante constatar la costumbre de los aztecas —atestiguada por Bernal Díaz— de conservar a sus prisioneros, antes de sacrificarlos, en jaulas de madera. Al alimentar a los prisioneros, podían hacerlo los aztecas a base de carbohidratos a fin de aumentar su contenido de grasa. Además, el hecho de mantenerlos en jaulas contribuía a la rápida acumulación de grasa de los prisioneros.

Si el canibalismo azteca se produce por

reacción a la creciente presión demográfica, cabría esperar que aumentara conforme el paso del tiempo. Y efectivamente, en los tres cuartos de siglo que preceden a la conquista, se percibe un incremento numérico en la captura y sacrificio de víctimas humanas. Dice Cook: *En general, parece seguro adscribir el comienzo del sacrificio de los cautivos a principios del XIV y no mucho antes de mediados del XV, la costumbre de practicar sacrificios a gran escala de víctimas. Fue precisamente en este período cuando la densidad de población de México Central estaba llegando a su apogeo y cuando el margen de subsistencia se reducía*. Cook no llega a relacionar el canibalismo con el sacrificio azteca, pero sus conclusiones respecto al incremento de sacrificios se corresponden con la teoría aquí formulada que relaciona la creciente presión demográfica en el Valle de México con el incremento del canibalismo ante la falta de herbívoros adecuados.

Esta situación es análoga a la descrita por Dornstreich y Morren para los Miyanmin de Nueva Guinea, en que el canibalismo se intensificó *como resultado de presiones demográficas externas*. Entre ellos y según ellos mismos confiesan, *la búsqueda de carne humana acabó convirtiéndose en un fin por sí mismo*, dado que, además, el consumo de cinco a diez víctimas anuales en una población de cien personas era equivalente en proteinas a las recibidas por los habitantes de las tierras altas de Nueva Guinea gracias a su producción y domesticado de cerdos.

Volviendo a los aztecas, supongamos modestamente que al año se consumían en Tenochtitlán quince mil víctimas. Si estimamos, siguiendo a Willsy, en trescientos mil el número de habitantes de la ciudad, tenemos una relación entre víctimas y población consumidora de cinco a ciento, porcentaje similar al que se nos indicaba como idóneo al hablar de los nativos de Nueva Guinea.

Derecho a carne humana

Pero, por otra parte, hay factores adicionales específicos en el caso azteca. En primer lugar, el hambre y las escaseces alimenticias estacionales, de lo que cabe deducir que si bien el consumo de carne humana estaba por lo general desigualmente repartido, por todas las estaciones del año o por todos los años. Fue más importante cuando los recursos proteínicos se situaban a su más bajo nivel; este consumo representaba una aportación significativa. En segundo lugar, el hecho de que el consumo de carne humana fuese reservado a una minoría. Según Durán, nunca la comían los proletarios sino *«la gente y noble*, en lo que coincide Sahagún ha-

blando de una fiesta específica: *la nobleza y todos los hombres importantes la comían, pero no el pueblo bajo, sólo los dirigentes.*

Estimando una proporción anual de víctimas del veinte por ciento en relación al número de consumidores, el porcentaje es lo suficientemente significativo como indicio de la importancia dada a este régimen de alimentación. Por lo demás, este *derecho a comer carne humana*, puede ser entendido como privilegio de consumirla por propia voluntad, es decir, presidiendo un banquete o adquiriendo un esclavo en el mercado para este fin y de este modo, el grueso de la población carente de este privilegio, podía acceder a él cuando esporádicamente era invitada a banquetes caníbales.

Pero el objetivo de este artículo no es demostrar que el canibalismo constitúa una importante contribución al régimen alimenticio del total de la población, sino explicar la extensión del complejo sacrificial azteca. Para ello, poco importa quién tomaba parte en los banquetes sino que los cautivos sacrificados eran normalmente comidos. Que los consumidores de carne humana pertenezcan a una minoría selecta es algo absolutamente lógico en una sociedad estratificada en clases, como la azteca. Esta fuente nutricia puede no haber sido básica para la alimentación de la gente noble e ilustre en los buenos tiempos mas sí un seguro contra los tiempos de hambre. Como suele ocurrir con frecuencia en las sociedades humanas, las reglas del canibalismo azteca debieron ser trazadas en condiciones extremas de escasez de alimentos y no cabe sorprenderse de que las forjara la clase dirigente.

Puede parecer a primera vista que la prohibición a la clase baja de comer carne humana contradice la argumentación que basa en el canibalismo el estímulo para que las masas entrasen en guerra y capturasen prisioneros. Resulta, sin embargo, que esta prohibición era precisamente el aliciente para que las masas participasen en las guerras, pues el derecho a comer carne humana sólo se adquiría capturando por su propia mano a cautivos (hay referencias en Sahagún y Durán). Estos guerreros triunfadores se convertían así en miembros de la élite azteca y transmitían este privilegio a sus descendientes (según Durán).

Al distribuirse la carne en el banquete, el reparto excedía, al parecer, los límites tradicionales de la nobleza hereditaria. La distribución de la carne, en efecto, tenía lugar, primeramente, dentro de la estructura del parentesco y a voluntad del captor y no por mediación de las estructuras estatales. El captor no podía comer a su propio prisionero mas sí el de otros captores con lo que podemos supuestamente que las invitaciones a banquetes eran normalmente correspondidas y

esta reciprocidad contribuiría a la regularización de este tipo de abastecimiento.

Al alentar a las clases bajas a pelear con el sueño de que comerían carne y ascenderían socialmente, los dirigentes aztecas estimulaban a la población a sostener el Estado. Era en beneficio de la clase dirigente y del Estado el que los pobres no pudiesen comer carne humana, precisamente el grupo que más necesidad tenía de ella, pues de esta forma, al concederles la posibilidad de tener carne por medio del servicio militar, se garantizaban la posesión de una máquina bélica agresiva, máquina impensable en otro contexto que no se correspondiera con las coordenadas ecológicas del Valle de México.

El problema de la falta de nutrición adecuada no rezaba para los comerciantes que compraban esclavos en la periferia del imperio y los traían a la capital para consumirlos en banquetes similares a los de los nobles. Siendo entonces un problema de Estado y una preocupación de las clases menesterosas, correspondía a los sacerdotes la misión de bendecir el tinglado justificando su existencia: cuando decaía el abastecimiento de cautivos, pedían más para evitar la ira de los dioses.

Y en compensación, el poder de los sacerdotes se veía reforzado por el canibalismo. Con el pretexto de satisfacer a los dioses, estaban de hecho autorizando a una población hambrienta a salir en busca de seres humanos destinados a ser comidos. Como faltaban bestias de carga, las suplían los cautivos capturados que transportaban las cosechas obtenidas en remotos lugares. De este modo los sacerdotes jamás fallaban: si sus súplicas en favor de las buenas cosechas no eran escuchadas por los dioses, gracias a los cautivos podían conseguir alimento procedente de otras regiones.

La supervivencia del mito religioso correspondía, por tanto, a la clase alta, por la cuenta que le tocaba. La clave de la situación residía, simbólicamente, en la Gran Pirámide de Tenochtitlán, sobre la que se levantaban dos templos: el de Tlaloc, Dios de la Lluvia y el de Huitzilopochtli, Dios de la Guerra. Estos dioses eran los dos grandes abastecedores suplementarios: el primero, por medio de la lluvia, aportaba el maíz y otras cosechas locales; Huitzilopochtli, por medio de la guerra, traía la carne y las cosechas de otros pueblos.

El complejo pirámide-templo-ídolo se construye desde el momento en que pueblos sometidos a las fluctuaciones de las cosechas de maíz, necesitan impetrar de los dioses que les favorezcan. En este contexto, los cautivos destinados a ser consumidos se incorporan a las ofertas de los sacerdotes que pretenden obtener la garantía de una producción rentable. Al definirse a los dioses

Divinidad azteca llevada a hombros (del códice *Ixliilxochitl*)



Combate entre guerreros (del códice Nuttal)

como consumidores de carne humana, se recalcan toda clase de deidades feroces, hambrientas y carnívoras, como el jaguar y la serpiente, características de los panteones mesoamericanos, y esto hizo posible, a su vez, racionalizar los aspectos más repulsivos del canibalismo a gran escala como simple respuesta a las exigencias de los dioses.

En definitiva, el caso azteca es el desarrollo extremo —en un ambiente geográficamente delimitado con muy alta presión demográfica y basado en la agricultura del maíz— de un patrón cultural que floreció en una zona caracterizada por la degradación de la caza y la falta de un herbívoro domesticado. Podían haberse intensificado los cultivos hortícolas, pero para satisfacer las elementales exigencias de proteínas, el canibalismo era la solución natural. Ese canibalismo, camuflado de ofrenda a los dioses, legó al mundo monumentos arquitectónicos significativos como el complejo sacrificial azteca.

Preparación del «palo volador», juego ritual azteca

Desde la perspectiva de la teoría de la presión demográfica y la ecología cultural, la insistencia azteca en el sacrificio humano es la reacción lógica y racional a las condiciones materiales de su existencia. De este modo, la teoría de la presión demográfica parece capaz de explicar no sólo el desarrollo de una evolución cultural regular sino el de casos extremos como el hasta aquí expliado. No es necesario atribuir a los aztecas, como hace Levi-Strauss, *una obsesión maniática por la sangre y la tortura* y recurrir a la teoría psicoanalítica o, como hace Wolff, a una *obsesión fanática por la sangre y la muerte*. Una aproximación ecológica materialista revela que los aztecas no fueron nunca unos irracionales o unas personas mentalmente enfermas sino, sencillamente, un pueblo que, enfrentado a unos problemas poco frecuentes de supervivencia, respondió con una solución también poco frecuente.